

tiva más teórica, se formula en más de una ocasión la pregunta sobre la aceptabilidad de la defensa del Estado social (y de los derechos sociales) «en un sólo país».

– Los estudios combinan el obligado manejo del instrumental de la dogmática constitucional con la perspectiva teórica del sector del ordenamiento en el que cada derecho social analizado se incardina. A la típica actividad reformuladora del derecho de la dogmática jurídica reconocible en la mayoría de los trabajos, se agregan interesantes reflexiones (o autorreflexiones) tangenciales sobre las transformaciones de su objeto de conocimiento en la fase de crisis y reestructuración del Estado social (en especial, aunque no exclusivamente, del derecho del trabajo y de la Seguridad Social y del derecho administrativo).

Además de todo lo señalado, el *Comentario...* tiene un interés lateral que justifica su comentario en una sede como esta. Se trata, obviamente, de un libro de dogmática, que estudia el «contenido» del derecho. Pero hay muchos pasajes en los que los autores manejan conceptos y afrontan problemas –algunos, muy actuales– de la teoría (general) del derecho. Scarpelli definió de manera muy exigente la teoría del derecho como «alta dogmática», queriendo con ello decir que el teórico del derecho debe ser una suerte de superdoctrinario conocedor del derecho positivo y de los discursos de la doctrina si es que quiere hacer teoría del derecho. Pues bien, aquí encontramos a doctrinarios o dogmáticos «haciendo» teoría del derecho. Esto es (o debe ser) un consuelo para los teóricos, eternamente habitados por una duda inconfesada en torno a la utilidad y los rendimientos de su tarea extramuros de su comunidad.

El lector tiene a su disposición una obra importante, de obligada consulta para comprender cómo se ha ido forjando, a lo largo de su vigencia, el conjunto de significados que forman la Constitución socioeconómica.

Pablo Miravet es abogado. Ha sido profesor de Filosofía del Derecho en la Universitat de València.

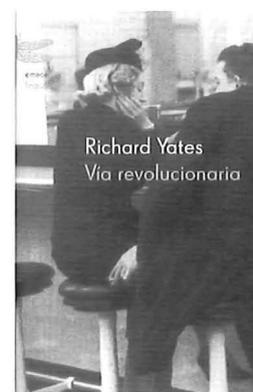
Para recuperar el futuro

Javier de Lucas

Aunque muy conocido en los EE UU, donde es venerado por la crítica e incluso puede considerarse un autor popular, el éxito de Richard Yates apenas ha traspasado las fronteras de su país por lo que se refiere al gran público, tampoco en Europa, salvo en el caso de algunos infatigables lectores de más que probado buen juicio literario, como Ignacio Albiol.

Yates nació en Yonkers, Nueva York, en 1926 y murió en un hospital de Birmingham (Alabama) en 1992. Tras combatir en la segunda guerra mundial en Francia, vivió en Hollywood como guionista, impartió docencia en diversas universidades y se arriesgó a alguna actividad política (escribió discursos para Robert Kennedy). Comúnmente se le clasifica en el movimiento denominado «era de la ansiedad». Publicó sus primeros cuentos en 1953, pero el éxito le llegó en 1961 con esta *Revolutionary Road*. Se trata de una novela que le valió el reconocimiento como uno de los mejores críticos de la vida cotidiana de los EE UU, y en particular de un período capital, aunque poco conocido, el de los 50. Así, se le ha comparado con Cheever o Fitzgerald. Buena parte de los mejores exponentes de la siguiente generación, como Raymond Carver, Richard Russo o Richard Ford (que escribió un epílogo incluido en esta edición) se cuentan entre sus admiradores y reconocen su influencia.

Cuarenta años después de su aparición, se ha editado en nuestro país *Vía revolucionaria*, que sin duda podemos calificar como novela de culto, llena, como ha escrito Ford, de «aparen-



Richard Yates

Vía revolucionaria (traducción de Luis Murillo, epílogo de Richard Ford), Emecé, Barcelona, 2003, 332 págs.

te llaneza, absoluta accesibilidad, luminosa peculiaridad, profunda seriedad para con los seres humanos acerca de los cuales aporta asombrosas estimaciones e intuiciones... Una novela para la que calificativos como realismo, naturalismo o sátira social se quedan cortos».

Pero incluso más allá del mérito literario, el libro de Yates, a mi juicio, merece ser leído con particular atención por nosotros, hoy, metidos en los fastos del veinticinco aniversario de la Constitución española de 1978, y con ello aplicados en un debate que, en mi opinión, no afecta sólo al texto constitucional, ni siquiera al modelo político, sino también al tan manido «milagro de la transición española» y a las expectativas de construir una nueva sociedad, quizá simplificadas pero esencialmente descritas en el exabrupto atribuido a Alfonso Guerra a propósito de la tarea que había de acometer el gobierno socialista: «a España no la va a conocer ni la madre que la parió».

Quiero decir que, en mi opinión, el *interés añadido* de la novela de Yates va mucho más allá de una excusa, pues ofrece un arsenal de argumentos para debatir sobre las razones del agotamiento de un proyecto que, sin forzar en exceso la analogía, ofrece muchos puntos en común con el nuestro. Un proyecto éste otro que, en opinión de algunos, se encuentra también agotado, quizá porque el pragmatismo con el que se rodeó su nacimiento agotó buena parte de sus potencialidades y, por ello, necesita algo más que un maquillaje para tener algún futuro. Y no estoy hablando de reformas en este o aquel artículo de lo que los *preciosos ridículos* se obstinan en llamar *Carta Magna*, ignorando quizá el flaco favor que con ello hacen a lo que está muy lejos de esos privilegios que los monarcas absolutos otorgaban como concesiones a sus súbditos. Es el tipo de relaciones sociales, el modo de entender el vínculo social —y por ello el político— el que ha de cambiar.

Naturalmente, la lectura de la novela de Yates no arroja luz sobre los aspectos técnico-jurídicos o incluso políticos (en el sentido de arquitectura institucional) que hoy llenan el deba-

te conmemorativo de este cuarto de siglo de democracia en España, a propósito del federalismo, la gestión de la pluriculturalidad o la plurinacionalidad, la reforma de la sucesión al trono, la viabilidad de la monarquía o la necesidad de reformar más o menos a fondo la Constitución. Pero sí sobre esa necesidad más profunda a la que me refería en el párrafo anterior. Porque *Vía revolucionaria*, según creo, mucho más que un excelente ejercicio literario, es un afilado retrato psicológico de las miserias de cierta clase profesional norteamericana que podemos trasladar sin demasiado esfuerzo a nuestro propio país, algunos decenios después. Eso es así, sobre todo, si leemos la obra de Yates con los ojos del genial Miguel Espinosa, otra de las preferencias de Ignacio Albiol. Pienso en el Espinosa de *Escuela de mandarines*, pero muy en particular en el de *La fea burguesía*, y en su menos conocida *Reflexiones sobre Norteamérica*, en la que la huella de Tierno se advierte al fondo ①.

El aborto de la revolución

Leída con las gafas del novelista, político y constitucionalista murciano, creo que puede afirmarse que Yates proporciona una revisión implacable del «modelo americano», de la filosofía política que permitió construir los EE UU sobre el legado de los *founding fathers*, a partir de dos instrumentos clave. Una revisión que no necesita de un epílogo para españoles, porque podemos beneficiarnos sin demasiado esfuerzo de su balance crítico acerca de la decadencia de las dos mejores piezas de ese modelo.

Me refiero, claro está, en primer lugar, a la potencialidad de la Constitución norteamericana, sabia y reiteradamente *enmendada* y con ello convertida en una herramienta de desarrollo, en un auténtico «modelo para armar», y no en aquel otro modelo que asoma hoy, aquél en que algunos defensores de las constituciones (que, sin saberlo, van camino de descubrir a Carl Schmitt) quieren convertirlas, esto es, en una jaula de hierro, en la enésima versión de las tablas de la ley que aprisionan y enmohecen a la propia sociedad que se la otorgó.

① M. Espinosa, *La fea burguesía*, que cito por la edición de Alaguara, Madrid, 1990. *Escuela de mandarines*, Los libros de la frontera, Barcelona, 1974. *Reflexiones sobre Norteamérica*, Murcia, Editora Regional, 1982 (se publicó primero en *Revista de Occidente*, Madrid, 1957 con el título *Las grandes etapas de la historia americana*).

Y me refiero además –sobre todo– a ese motor que supo advertir Tocqueville, la dinamicidad de la sociedad civil y en particular de su capacidad asociativa, esto es, de una concepción de la política directamente ligada a sus actores fundamentales, los ciudadanos, aunque ello sea con el coste aparentemente paradójico de su alejamiento de los protagonistas del espectáculo, los profesionales de la política (ya se sabe: menos de un tercio de los ciudadanos norteamericanos participan en la elección de su presidente). El espíritu revolucionario es precisamente éste, y la historia que nos relata Yates es la del fracaso, o, al menos, la de la vía muerta en la que ese espíritu ha entrado en la sociedad norteamericana de los cincuenta que retrata sin concesiones.

Yates calificó a su novela como una sucesión de abortos. Según se asegura, cuando alguien le preguntó por lo que estaba preparando en esa época, respondió: «Estoy escribiendo sobre un aborto». Abortos de toda la ya: de carreras profesionales, de una obra que nunca se terminará, de las ambiciones y planes de los personajes; pero también un aborto real, físico, al que seguirá una muerte. Y ésta es la metáfora del texto, porque Yates, como su protagonista femenina, April Wheeler, escribe su novela como una reacción contra lo que entiende que fue una traición –la traición– al genuino espíritu revolucionario americano. El camino emprendido entonces, en 1776, como una respuesta frente a la injusticia que suponía la exclusión de los colonos del incipiente sistema democrático que se vive en la metrópoli, exclusión que se hace patente por la unilateralidad de la condición de contribuyentes sin derechos (*no taxation without representation*), había llegado a un callejón sin salida, dice Yates. El aborto se produce en los 50, la era de Eisenhower y McCarthy, la era de la búsqueda ciega de la seguridad, porque la hegemonía del complejo militar industrial, el secuestro del poder político real por parte de quienes no se someten a elección ni control (como se advierte en una sátira política muy posterior, ésta escrita por un «nuevo americano», Jerzy Kozinsky ②), ha contribuido a sus-

tituir el ideal revolucionario de los ciudadanos activos por un aborto, el de los consumidores pasivos y satisfechos.

En realidad, lo que explica la novela de Yates es cómo ese aborto del proyecto revolucionario, la pérdida del capital humano que Tocqueville viera como la riqueza decisiva de la democracia americana, se debe a la sustitución de la ciudadanía activa por la *muchedumbre solitaria* ③. La enérgica comunidad social ha devenido en un aborto, el de la sociedad de las grandes superficies y los chalets de las afueras, el del aislamiento de la vida dividida entre la soledad competitiva del trabajo y la soledad de las urbanizaciones. El individualismo vacío es cáncer del ideal revolucionario, porque en ese individualismo, como sabían Hobbes y Hegel, antes que Marx y Freud, se encuentra el caldo de cultivo del autoritarismo, incluso del fascismo que bordea la era McCarthy.

Ese es a mi juicio el trabajo en que se empeña Yates al escribir una novela que es también y sobre todo una crítica de lo que algunos calificaron como «la solución suburbial de la posguerra»: un mundo triste, gris, mortal, un camino en el que el ideal revolucionario / republicano, el ideal ciudadano de una vida mejor, se ha trivializado y contaminado, transformándose en el ideal del consumidor satisfecho, el de una vida más fácil y menos responsable. Como escribe Ford, todos los personajes de *Vía revolucionaria*, «Transitan por caminos marcados por fuerzas y autoridades distintas de su propio concepto de bien y mal: las Convenciones, la Ruptura, la Avaricia, la Huida... privados de la facultad de obrar bien o incapaces de las afiliaciones humanas que podrían tejer un entramado de espíritu colectivo lo bastante recio para sustentar a los débiles si éstos llegan a flaquear o para consolar los ruegos de los que desesperan».

Sus protagonistas, April y Frank Wheeler, viven con sus dos hijos en una urbanización de la ciudad dormitorio de *Revolutionary Hills Estates*, en la zona oeste de Connecticut, con amigos como Shep y Milly Campbell y tienen la «clase de velada que es el más espantoso de los entrenamientos suburbanos: aquélla en la que las muje-

③ Denunciada por Riesman, pero ya anticipada por Bacon en su *magna civitas, magna solitudo*, y a la que diera expresión temprana en el cine King Vidor, en su *The Crowd*, en 1928.

② Me refiero a *Being there*, traducida al castellano como *Desde el jardín* y que dio lugar a la comedia del mismo título, interpretada por un siempre eficaz Peter Sellers aquí titulada *Bienvenido Mr. Chance*.

res hablan entre sí sobre recetas y ropa y los hombres de trabajo y coches». En otra de las magníficas intuiciones de Yates, el marido de April, Frank, trabaja en uno de los primeros ejemplos de un nuevo sector productivo, lo que hoy conocemos como informática, la *Knox Business Machines Corporation*, una empresa de computación en la que desarrolla conscientemente un trabajo rutinario. Tiene una amante ocasional en la oficina, Maureen, a la que trata con amable condescendencia machista, ante la indignación de la amiga de ésta en cuyo alegato pone Yates los argumentos del incipiente feminismo que, sin saberlo, incubaba April. Frank, vanidoso y contemporizador, cree ser consciente de la «irremisible vaciedad» que les rodea (Yates le describe diciendo que cree ser «un Jean Paul Sartre ardiente y nicótico») y asimismo cree haber conseguido escapar a ello, pero en realidad es un caso vulgar de adúltero, un fariseo que ha traicionado su vocación inicial de escritor (tal y como lo conoció April) y sólo sabe emplear mezquinamente su formación universitaria para «salpicar su conversación de referencias literarias». En esa situación, April descubre que es inaplazable romper y emprender una nueva vida.

Un proyecto: recuperar las raíces para abrir el futuro

La propuesta de April es un reto para Frank. Ambos han de empezar de nuevo, en otro país, en una Europa que a sus ojos no es el viejo mundo sino uno nuevo, donde pueden recuperarse a sí mismos, algo que probablemente tampoco han entendido quienes se llenaron la boca con la retórica de la «vieja» y la «nueva» Europa a propósito de la disputa entre los EE UU y la UE en relación con la guerra de Irak. Europa, el pasado del proyecto revolucionario, aparece así como la oportunidad de *recuperar el futuro*.

El desafío de April a Frank consiste en que Frank recupere su auténtico proyecto, el de escribir, y abandone un trabajo que no le gusta, que sabe que constituye una rutina y a la par (aunque no quiera reconocerlo) una traición a sí mismo. Pero es también un desafío para el modelo de matrimonio al que aparentemente se ajustan April y Frank, como tantos millones de norteamericanos,

comenzando porque supone abandonar el rol de ama de casa, ya que April trabajaría para los dos –quizá en los cuarteles de la OTAN en Bruselas–. Un desafío, en fin, que desencadenará la tragedia, en la que actúa como catalizador la irrupción en su vida de John, el hijo de sus caseros Helen y Howard Givings, internado en un establecimiento psiquiátrico, y que ha padecido 37 electroshocks. John no es un enfermo mental, sino un *inadaptado*, alguien que no comparte los valores que imperan en este aborto de revolución que es el aburguesamiento de *Revolutionary Road* y que se empeña en decir las cosas como las ve, espoleando el valor de April para cambiar, para tomar las riendas de su vida, para recuperar la iniciativa.

Los Wheeler de Connecticut viven muy lejos de los Castillejo de Murcia, los protagonistas de la etapa de asentamiento del franquismo dibujada por Espinosa, o incluso de los Arce, los personajes de *Romanticismo* ④, la espléndida novela en la que Manuel Longares describe el final del mundo ensimismado de la alta burguesía del barrio de Salamanca con la llegada de la transición. Pero la historia de los Wheeler es nuestra. La crisis de April, desde el fracaso de su actuación en la compañía de teatro aficionado –el único vestigio del asociacionismo revolucionario que Yates ofrece– es similar a la de Laura Brown, el personaje de *Las horas* ⑤ que encarnó para la pantalla Julianne Moore en la oscarizada película de Stephen Daldry.

Pero la crisis de April es sobre todo la de una sociedad vieja, que ha perdido la tensión política del proyecto revolucionario inicial. Por eso interesa a quienes hoy advierten la misma pérdida de tensión en el proyecto pactado entre reformistas y rupturistas hace veinticinco años y que, más allá de un imprescindible marco legal, la Constitución de 1978, significaba en cierto modo la oportunidad de recuperar los ideales de regeneración (no sólo de modernización) que inspiraron otro proyecto anterior, el de 1931. Es probablemente hacia esos principios a los que habría que volver la vista para ganar el futuro.

④ M. Longares, *Romanticismo*, Alfaguara, Madrid, 2002.

⑤ La novela de Michael Cunningham que ganó el Pulitzer y que constituye un homenaje a la *Mrs. Dalloway* de Virginia Woolf.